

EL DISTRITO

SEMANARIO MAURISTA

SUSCRIPCIÓN: 1.50 PTAS. TRIMESTRE.

DIRECTOR: ANDRÉS FERNÁNDEZ LÓPEZ.

PAGO ADELANTADO

NÚM. 68. — AÑO III.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Vélez-Rubio 15 de abril de 1917

DIRECCIÓN: CALLE DE CARRASCO
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: REINAS, 5 Y 7

Por una sola vez

Ya habrán comprendido nuestros lectores, y sépanlo los demás, que no estamos dispuestos a discutir con rufianes asalariados, ni a contestar en estas columnas a nada que de los mismos proceda.

No queremos que D. Diego y el Trustero morfínmano se rían de nosotros, colocándose detrás de la cortina y al amparo de malandrines y follones.

Si estos señores quieren algo, dén la cara y verán cómo en toda ocasión nos encuentran dispuestos a lo que sea; pero mientras tanto, tengan la seguridad de

azulado. El cielo de escarlata se iba ocultando tras grandes promontorios de negras nubes que crecían, que se agitaban bordeadas de brillantes fajas de viva luz: el claro bermellón que matizaba el espacio perdía esplendor paulatinamente y le sustituían tintas violáceas, nacaradas, verdes y las sombras se extendían por las cuencas de los valles haciendo indecisas las líneas. Las nubes negras, a la par que perdía brillantez el cielo, se hacían pardas, pero seguían avanzando como si tuvieran alas de aguililla ligera y su lugar lo ocupaban otras nuevas que semejaban castillos flotantes, y todo se entenebrece, la tierra y el cielo, como si trataran de ocultarse presintiendo algún peligro próximo, cercano.

Carlos se pasea en el amplio comedor de su casa; tiene las vidrieras abiertas que dan al campo y ni una vez siquiera fija su atención en el espectáculo grandioso que se presenta. Está muy pálido; ha envejecido mucho en pocos meses. De vez en cuando se para, cruza las manos y parece meditar.

El trueno suena lejano y la cardena luz del relámpago ilumina a Carlos dándole forma espectral; sus manos y su rostro parecen que se adelgazan; semeja su figura una ilusión; cree uno más bien ver un espíritu que un hombre, y avanza y vuelve, y se detiene y vuelve a avanzar... y en

el momento en que el furor de la tormenta se es-

teve, un rayo de luz que sale de su

interior, como si quisiera

averiguar

el misterio

de la vida

que se oculta

en el silencio

de la vida que se retuerce en los espasmos de una violenta alteración nerviosa transportándole al mismo lecho que Dora ocupó y desde el cual recibió Carlos las últimas caricias de la más viva ilusión de toda su vida.

El rostro de Carlos iba adquiriendo diafanidad; las tintas marfileñas se iban enseñoreando en aquel semblante, y lentamente, como si sus fuerzas físicas se fuesen agotando, cedía la violencia de los movimientos e imperceptible temblor sustituido a las contracciones aceradas de aquellos músculos.

La voz de Carlos se dejaba escuchar con una dulzura infinita, entre el ruido infernal de la tormenta que en aquel momento se hallaba en el paroxismo de su furor, y el nombre de Dora resuena suavemente, como el lamento de la agonía del justo, como si un ángel musitara el nombre sagrado de María.

Los criados se estremecen al oír pronunciar aquel nombre, cuyo recuerdo les arrancaba lágrimas, que creían alejado del corazón de su señor y respetuosos se apartan del lecho, contemplando aquel accidente tremendo y angustioso.

¡Dora! ¡Dora! repite Carlos: cumpliste tu palabra; me has acompañado hasta el término de mi viaje terrenal. ¡Dios mío! que días más monotonos, todos, en que mis deberes materiales me obligaban a mantenerme en el recinto de la vida social, para que las gentes, idólatras las más, de las necesidades y obligaciones humanas, no me despreciaran y me considerasen como un loco, como un beodo, como un idiota.

Si por las noches, alma de mi alma, cuando apartado del mundo, en las soledades de mi alcoba me entregaba a la vida mejor, despertaba con

sensaciones que experimento cuando te miro, cuando te hablo, cuando te escucho; si durante el sueño que me daba vida, en esas horas en que todos los seres materiales suelen descansar, hubiese penetrado en este santuario de mi devoción algún ser de alma delicada y sensible, y contemplado hubiera mi semblante, que como barro que es, impresionaba las sensaciones de mis goces inefables, viendo marchitarse por instantes la frescura de mi rostro, pues los deleites del alma consumen la materia como ligero combustible, seguramente, la clarividencia de su espíritu, haciendo de cable transmisor le hubiese convertido en espectador de aquellas ideales entrevistas y pregonado hubiera al siguiente día la injusticia con que el vulgo me trataba, creyendo que el olvido había sido el panteón donde te había sepultado.

José G. Banderas

Como preveíamos

Muchas veces hemos consignado en estas columnas que el imperio de la fracción liberal, puesta hoy en candelero, constituiría el comienzo de una lucha sin cuartel entre los mismos componentes de esa fracción; lucha que dejaría en mantillas a la antes entablada contra los elementos ya postergados y vencidos. Y como conocemos tan bien el país, el paisaje y el paisanaje, recibíamos con pronunciada sonrisa los planes de moralidad, orden, respeto, etc., etc., que como lema se grababan en la bandera tremolada por aquella mínima parte del partido liberal local.

Nos parece que no ha transcurrido mucho tiempo sin que los hechos vengán a darnos la razón. Ocho días hace que fue constituido el nuevo ayuntamiento, o lo que es lo mismo, ocho días han pasado desde que ha comenzado a regirnos el partido de la